

7. Admitir que no somos buenos

Lo que trato de explorar con vosotros es, en primer lugar, el hecho de que los votos y compromisos que hacemos para seguir a Cristo en la vocación que Dios nos ha reservado personalmente, sólo tienen sentido y sólo pueden dar fruto si los entendemos como una ayuda para pasar de nuestros intereses a los intereses de Cristo, que en realidad son nuestros intereses al ciento por ciento, porque el único interés de Cristo, y del Padre y del Espíritu, es nuestra salvación, la plenitud de nuestra vida en la participación de la vida divina del Hijo de Dios en la Trinidad.

Pero para llegar a entender así los votos y compromisos que prometemos en toda forma de vocación, empezando por la vocación bautismal cuyos compromisos renovamos en cada Vigilia Pascual, es necesario que experimentemos que este salto de nuestros intereses a los de Jesucristo no es fruto de nuestra propia capacidad, de nuestro propio compromiso, sino de una gracia del Espíritu Santo que viene al rescate de nuestra débil libertad y voluntad.

Jesús nos dice algo muy importante cuando habla de la oración en el Evangelio según Lucas: “Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?” (Lc 11, 13).

Una vez le dije a una monja que era mala. Se enfadó un poco. Pero le dije: “Sí, eres mala, igual que yo, y también la abadesa y todas tus hermanas. Hasta el Papa es malo. No soy yo quien lo dice: está escrito en el Evangelio, así que debe ser verdad, ¡aunque no siempre nos parezca evidente que somos malos!”

No sé si me he hecho entender, pero cada vez me doy más cuenta de que quien no deja que Jesús le diga que es malo, nunca podrá llegar a ser bueno, porque seguirá queriendo sacar la bondad de la cisterna agrietada de su propia voluntad, de su propio empeño, y no se la pedirá realmente a Dios, el Padre bueno.

De hecho, Jesús le dice al joven rico que le llama “Buen Maestro”: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios” (Mc 10,18). Es increíble, ¡incluso Jesús no quiere ser considerado bueno! Sólo quiere que el Padre sea considerado bueno. Porque tampoco Él quiere vivir de su bondad, aunque sea divina e infinita como la del Padre, sino que prefiere transmitir la bondad del Padre que el Espíritu le comunica constantemente, y que Él pide al Padre como si la respirara continuamente.

Comprended que incluso todas las virtudes, que se resumen todas en la caridad, que es la bondad de Dios, no nos son posibles si no nos sentimos vacíos e incapaces de ellas y ofrecemos a Dios el espacio de la oración humilde, de la petición constante, que permite al Espíritu llenarnos de toda virtud, de toda bondad, de toda caridad.

En efecto, ¿qué nos pide inmediatamente San Benito en el Prólogo de la Regla?

“Ante todo, cuando te dispones a realizar cualquier obra buena, pídele con oración muy insistente y apremiante que él la lleve a término, para que, por haberse dignado contarnos ya en el número de sus hijos, jamás se vea obligado a afligirse por nuestras malas acciones. Porque, efectivamente, en todo momento hemos de estar

a punto para servirle en la obediencia con los dones que ha depositado en nosotros, de manera que no sólo no llegue a desheredarnos algún día como padre airado, a pesar de ser sus hijos, sino que ni como señor temible, encolerizado por nuestras maldades, nos entregue al castigo eterno por ser unos siervos miserables empeñados en no seguirle a su gloria.” (RB Prol. 4-7)

En este pasaje de la Regla en el que insiste mucho en la oración continua e insistente, San Benito habla varias veces del bien y del mal, de la bondad y la maldad que puede haber entre nosotros y Dios. El bien es ante todo algo que buscamos, algo hacia lo que nos esforzamos y queremos alcanzar. Al mismo tiempo, hay bienes de Dios que se ponen a nuestra disposición y que debemos obedecer, de los que somos responsables ante el Padre. Si esto no ocurre, Dios se disgustará con nuestras malas acciones, o incluso se irritará tanto por ellas que nos condenará a un castigo eterno como muy malos siervos (“*nequissimos servos*”). Pero, ¿por qué estos siervos son los más malvados? Porque no querían seguir al Señor hasta la gloria, la gloria de los hijos de Dios.

El cumplimiento de la obra buena que, por tanto, debemos pedir a Dios con una oración muy insistente (“*instantissima oratione*”) es, por tanto, la gloria de Dios de la que se nos dará participación como hijos en Cristo por obra del Espíritu Santo que Jesús nos pide que pidamos al Padre con total confianza para no ser malos sino hijos del Padre bueno.

A Dios no le irritan nuestras debilidades, nuestras caídas, nuestra incapacidad de ser tan buenos como Él. Sería como si un padre se irritara con su hijo de dos años por no saber ganarse la vida yendo a trabajar. Lo que entristece e irrita a Dios –pero en Él toda tristeza e irritación son siempre expresiones de su amor– es que no admitamos que necesitamos que Él nos cambie, que nos haga crecer, que nos convierta de la maldad a la bondad, del egoísmo a la caridad que “no busca su propio interés” (1 Cor 13,5).

Todos necesitamos esta conversión, este paso verdaderamente pascual que nos hace pasar de la muerte a la vida, porque el hombre que se repliega sobre sí mismo, que se ama a sí mismo, muere, muere a la vida divina para la que fue hecho, que es la caridad de Dios. No vivimos si no pasamos del egoísmo del pecado original a la caridad que no busca su propio interés, literalmente: que “no busca lo suyo”, en la que no se busca lo propio, lo que es para uno mismo, sino lo que es para Dios y para todos, para lo que está hecho nuestro corazón, el amor de caridad para el que estamos hechos, para el que se nos da la vida.

Si no entendemos cada compromiso de nuestra vocación, como los votos, dentro de este pasaje, nos equivocamos en todo, nos desviamos del camino, y nuestra vocación no alcanza el fin para el que se nos ha dado, es decir, no seguimos a Cristo para la gloria del Padre, que era toda la finalidad de su vida y misión, y por tanto toda la finalidad y plenitud de nuestra vida y vocación.